

órdenes á las potencias infernales, todo esto, dice el Abate Henry, no puede compararse sino con el lenguaje místico y guerrero de Milton. ¿Es imitación directa, tradición común ó semejanza de genio? El que conozca á Milton no podrá negarnos que este erudito creador, este pintor originalísimo debió comprender en sus inmensas lecturas los Padres de la Iglesia griega, y que en sus concepciones no olvidó las homilias de San Epifanio. Al describir, por ejemplo, la victoria del ejército celestial, acercándose á los últimos confines de los cielos é inclinandose sobre el abismo; al escuchar el estruendo de los ángeles sublevados y la solitaria voz del intrépido Abdiel, es imposible dejar de reconocer en aquellas magnificas creaciones un recuerdo del obispo de Salamina, y como un deseo de acomodar tanta poesía á la predicacion cristiana de los primeros tiempos.

Véase confirmado por el pasaje que vamos á transcribir lo que hemos dicho en elogio de San Epifanio, á quien no obstante los jóvenes no deben imitar ciegamente en la cátedra sagrada, por temor de que su estilo aparezca demasiado declamatorio; defecto que hoy tienen algunos de nuestros oradores, y que mas adelante nos proponemos combatir.

«Cuando aquellas mansiones cerradas y sin sol, aquellos calabozos, aquellas cavernas se vieron sorprendidas por la brillante venida del Señor con su divino ejército, Gabriel marchaba á la cabeza, como quien tiene la costumbre de llevar las dichosas nuevas; de repente su voz resuena en aquel sitio y dice á las potencias enemigas:—Quitad las puertas, vosotros que sois los superiores. Y en el mismo instante un jefe esclama:—Levantaos, puertas eternas. Las virtudes dicen á su vez:—Retiraos, perversos guardadores. Y las potencias repiten:—Rompeos, cadenas indestructibles. Una voz mas lejana dice:—Confundíos de vergüenza, implacables enemigos; y despues añade

otra:—Temblad, injustos tiranos. Entonces ante el resplandor del invencible ejército del Rey omnipotente, un estremecimiento, un desórden, un terror indefinible se apodera de los enemigos del Señor, y los que están en los infiernos ven desaparecer de repente las tinieblas del abismo, pareciendo como que una lluvia de rayos descende para cegar á las potencias infernales que oyen retumbar, como otros tantos truenos, estas palabras de la Côte celestial:—Quitad las puertas á la vanguardia, y no abridlas; quitadlas del suelo, arrancadlas de sus goznes para que no vuelvan á cerrarse. Y no es porque el Señor que está aquí presente, carezca de poder si quiere, para atravesar por vuestras puertas cerradas; sino que como á esclavos rebeldes os manda que quiteis esas puertas, que las echeis por tierra y las rompáis. Lo ordena, no á la caterva, sino á los que entre vosotros mandan, diciéndoles:—Quitad las puertas, vosotros que sois los gefes; aquí está Jesucristo. Allanad el camino al que se eleva sobre el abatimiento de los infiernos. Su nombre es el Señor. Ha pasado por en medio de las puertas de la muerte, que fueron para vosotros una entrada, y viene á convertirlas en vuestra salida. No tardeis. Si resistís, mandamos á las puertas que se levanten ellas mismas. Levantaos, puertas eternas, al oír estas voces gritaban las potencias enemigas. En aquel instante estallaron las puertas, rompiéronse las cadenas, estremeciéronse los cimientos de los calabozos, y las potencias enemigas cayeron abrazadas unas con otras, dando alaridos en su vergonzosa desesperacion y fuga. Llenas de terror, corren despavoridas, páranse repentinamente, y temblando dicen:—¿Quién es este Rey de gloria, quién este poderoso que ejecuta tan grandes maravillas? ¿Quién es este Rey de gloria, que hace en los infiernos lo que nunca los infiernos han visto? ¿Quién es el que quebranta nuestra fuerza y nuestra audacia, y saca de aquí á los que estaban durmiendo desde el principio de las edades? Las virtudes del Señor responden:—Vosotros, malvados, quereis saber quién es este Rey de gloria; es el Dios fuerte é invencible; el que os echó de las bóvedas celestiales y os preci-

pitó, débiles é injustos tiranos; el que os proscibió y os lleva en triunfo en su comitiva; el que os venció, condenándoos á las tinieblas y arrojándoos al abismo. Así, pues, no tardeis en traernos los infelices que habeis tenido cautivos hasta este dia. Vuestro imperio ha sido destruido.»

En el calor de la improvisacion, San Epifanio se eleva al último grado de la poesia, y canta mas bien que describe una escena llena de interés y de verdad.

Mas adelante hallamos este otro pasaje, digno de reproducirlo en nuestro libro:

«Las potencias celestiales, dice, se daban prisa: unas arrancaban de sus cimientos la prision; otras perseguian á las legiones enemigas, que se ocultaban en los parajes mas escondidos. Escudriñaban las prisiones y las cavernas, llevando sin cesar cautivos al Señor; desataban cadenas, rompian grillos, mandaban, en fin, y eran obedecidas: todas precedian al Señor, y le servian como á un rey vencedor, como á un Dios. Cuando Jesucristo iba á penetrar en lo mas profundo del abismo, Adan, que por ser el primer nacido yacia antes que nadie en el seno de la muerte, oyó el ruido de los pasos del Señor que venia á visitar á los cautivos, y volviéndose al punto hácia los que con él estaban encadenados, les dijo:—Oigo los pasos de uno que se aproxima, que viene á nosotros. Si se digna bajar aquí, somos libres; si únicamente lo vemos, somos rescatados. Cuando Adan hablaba de este modo á los que con él padecian, entró el Señor victorioso llevando en la diestra su cruz. El padre de las generaciones le vió, y al punto sintió estremecerse todos sus miembros, y dándose golpes de pecho exclamó:—¡Dios, nuestro Señor, con todos los ángeles! Jesus contestó:—Y con tu alma. Y cogiéndole por la mano, añadió:—Despierta del sueño, levántate á la voz de Cristo.»

Acerca de San Epifanio se han escrito noticias que no merecen crédito. Su muerte acació el año 403, en ocasion en que se dirigia el santo obispo de Constantinopla á Chipre, y sus últimos momentos fueron los del justo.

El *Panarium* ha sido muy elogiado, y San Agustín lo prefirió al tratado escrito por Filostrato sobre el mismo asunto. Focio, San Gerónimo, San Efrén, San Gregorio el Grande y los Padres del VII concilio, celebran mucho á San Epifanio.

La mejor edicion de sus obras se hizo en Paris el año 1622, y comprende el texto griego y la traduccion del mismo, hecha por el P. Petabio. No merece, sin embargo, á todos los criticos la misma opinion.

SAN CIRILO, Patriarca de Alejandria, pasó sus primeros años entre los solitarios de Nitria. Educado en las ciencias y en las sagradas letras, demostró siendo muy jóven sus raras prendas, sus disposiciones para enseñar á los fieles el camino de la perfectibilidad cristiana y de la gloria.

Teófilo, su tio y antecesor en la silla, le confió la difícil mision de instruir á los catecúmenos, cargo que desempeñó magistralmente, haciéndose aplaudir muchas veces y logrando que la multitud se agolpase para oír sus discursos.

Muerto su tio en el año 412, San Cirilo ocupó la silla de Alejandria, distinguiéndose desde luego por su empeño y por su acierto en combatir la heregia de Nestorio: conducta muy elogiada por el Sumo Pontífice Celestino, á quien San Cirilo ha merecido los títulos de glorioso defensor de la Iglesia y de la fé, doctor católico, hombre verdaderamente apostólico, y ejemplo vivo de los deberes que San Pablo exige en un buen Pastor.

Aunque ocupado y abstraído con las grandes discusiones teológicas que sostuvo en defensa de la verdad, San Cirilo nos ha dejado suficientes monumentos para merecer un lugar distinguido entre los oradores cristianos, y poder afirmar que sus trabajos apostólicos en este sentido, no solo fueron oportunos, propios y acomodados á los fieles á quienes los predicaba, como quiere Fenelon, sino que ilustraron su siglo, y pueden servir de guía para ilustrar los venideros.

Confesamos, con otros críticos modernos, que en las obras de este Santo Padre no debe buscarse un buen método en la composición, ni la elegancia, ni la cultura del estilo, porque la energía de su carácter y la abundancia de sus conocimientos le indujeron á recargar su dialéctica de argumentos y de citas que, amontonadas con gran profusion, abrumaban con frecuencia y fatigan al lector: la alegoría, tan comun en los escritores de su nacion, domina principalmente en sus conferencias sobre la Sagrada Escritura, y por último, se observa en él esa oscuridad que con justicia se censura en los Padres africanos. Pero estos defectos, que eran peculiares de la escuela de Alejandria, se hallan abundantemente compensados con instrucciones sólidas é interpretaciones sábias; con digresiones, que si hacen perder de vista el objeto principal del discurso, colocan al auditorio en disposicion de sentir, dando á las palabras mayor fuerza y valor, y revelando mas bien la inspiracion que el trabajo; circunstancia altamente recomendable en los que están llamados á corregir los defectos de los hombres y á combatir las preocupaciones de la multitud.

En las obras de San Cirilo se hallan trozos de verdadera elocuencia, cuya traduccion estamos seguros que habrá de merecer la aprobacion de nuestros lectores. Ved aquí la be-

llisima invocacion á la Santísima Virgen que San Cirilo pronunció en el concilio de Efeso:

«Yo os saludo, ¡oh Virgen Madre! templo vivo é inmortal de Jesucristo, tesoro y luz del mundo, honor de la virginidad, sosten de la fé ortodoxa y firme apoyo de todas las Iglesias. Yo os saludo, Virgen María; á vos, que nos disteis un Dios y encerrásteis en vuestro casto seno al que ningun lugar puede contener; á vos, por quien la Santísima Trinidad es conocida; y adorada, honrada y bendecida en toda la tierra la Santa Cruz; á vos, por quien los ángeles bienaventurados se alegran y los demonios, arrojados del cielo, huyen delante de los cristianos; á vos, por quien el hombre caído ha reconquistado sus derechos á la herencia celestial; por quien la idolatría ha sido destruida y convertido el universo; á vos, por quien los Profetas han hablado, los Evangelistas han escrito y los Apóstoles anunciado la salud á todas las naciones. ¡Qué mas podré decir de vos, por quien reinan los reyes, por quien los muertos resucitan y por quien el Hijo único de Dios ha brillado como un astro benéfico á la vista de los pueblos sepultados en las sombras de la muerte! ¡Pero quién acertará á elogiar dignamente á la que es superior á toda alabanza! ¡Oh fecundidad virginal, maravilla incomprendible, cuya sola idea me llena de admiracion! Combatan otros con impías sutilezas este divino misterio; mas á nosotros nos basta respetar y creer; y toda nuestra ciencia y toda nuestra dicha se cifran en tributar profundas adoraciones á la trinidad beatísima y en celebrar continuamente las grandezas de la augusta María, siempre virgen, y las de su Hijo inmaculado, á quien pertenece toda gloria en los siglos de los siglos!»

Hablando á los Maniqueos, que se atreven á rebajar la sabiduría y la providencia de Dios, les dice:

«¿Qué tienen que oponer á lo que ha hecho este gran Dios?»

¿cómo no se llenan de asombro al contemplar la inmensa bóveda de los cielos? ¿cómo no se postran delante del que ha colocado el sol sobre nuestras cabezas como un horno encendido, y de una piedra seca ha hecho brotar manantiales fecundos, fuentes de cristalinas y frescas aguas? ¿por qué siendo estas necesarias para fecundizar la tierra, ha querido Dios disponer de tal modo la naturaleza y el cielo, que las aguas estuviesen en él suspensas por medio del fuego? ¿Y quién no se llenará de admiración al dirigir sus miradas hácia el disco del sol? Su dimensión aparente es la de un fanal de medianas proporciones, y corriendo de Oriente á Occidente, estiende su poder por todo el espacio que alumbra con sus rayos. Considerad su marcha y sus posiciones distintas, y notareis que elevándose á mayor altura durante el estío, concede al hombre las horas que le son necesarias para sus trabajos, y que aminorando su curso durante el invierno, le proporciona el descanso que necesita, y á la tierra una nueva fuerza que la prepara para dar nuevos frutos. ¿Quién puede tolerar á los que se atreven á decir que hay un criador para la luz y otro criador para las tinieblas?

¡Oh insensatez! ¿por qué te levantas, hombre, contra tu Dios? ¿por qué te quejas de los momentos que te se han concedido? ¿Cuál es el esclavo que obtendría de su dueño algun alivio en sus trabajos, si la noche no viniese á establecer entre ambos una especie de igualdad anticipada?... Cuando estamos fatigados de las tareas del día, ¿no recobramos con el auxilio de la noche el vigor que habíamos perdido? ¿qué, pues, hay mas favorable que la noche para hacernos adelantar en la sabiduría? La noche es el tiempo de las santas ideas que elevan nuestra alma hácia el Autor de todos los bienes, y entonces es cuando con mayor libertad podemos entregarnos á la lectura y á la meditacion de sus divinos oráculos. ¿No es durante la noche cuando hallamos en nuestra alma mayor ardor para la oracion y en nuestra voz acentos mas religiosos para entonar los cánticos sagrados? ¿Cuál es el tiempo en que la memoria de nuestros pecados se nos presenta mas vivamente? ¿no es la noche?

Guardémonos, pues, de tener la culpable idea de que el Autor del día no es el mismo que el de la noche.

No basta considerar la estructura y admirables usos del sol; encaminemos tambien nuestras miradas hácia el numeroso coro de las estrellas, y veremos que, ora sigan constantemente la marcha que les ha sido trazada, ora nos parezcan mas libres en su curso, tiene cada cual su tiempo propio para presentarse en el horizonte, de modo que nos sirven de heraldos para conocer las estaciones; unas nos indican el momento de sembrar, otras el en que se debe recoger el fruto, y hasta volviendo los ojos á las estrellas es como el hombre dirige el rumbo del buque que le conduce á las tierras que piensa cristianizar. Advertid al mismo tiempo con qué maravillosa graduacion quiso Dios distribuirnos la luz del día: la luz no viene á nosotros de repente, el sol no se alza súbito en el espacio: una luz ténue, suave, le precede; y esa luz se aumenta por grados, á fin de preparar nuestros ojos á resistir toda la brillantez de sus rayos. No olvideis tampoco esa dulce claridad de la luna, que concede sus atractivos á las sombras de la noche y á los misterios augustos de la tierra.

¿Cuál es el padre de las lluvias fecundas? ¿quién ha criado las gotas de rocío? ¿quién ha mandado á los vapores ligeros que se condensen y mantengan manantiales de agua en medio de los espacios del aire? ¿Qué mano nos trae esas nubes desde los últimos confines del aquilon, vestidas por lo comun con brillantísimos colores, ya confundidas ó juntas y en una misma forma, ya dividiéndose ó rompiéndose bajo mil cambiantes y variadas figuras, sin que jamás la cantidad de agua con que se hallan cargadas las debilite, ni las destroce para derramarse á torrentes sobre la tierra, donde estas aguas bienhechoras caen solo por grados y casi siempre en una proporcion invariable? ¿Quién abre el arca donde los vientos se hallan encerrados y los obliga á salir de ella? ¿Quién es aquel, cuyo soplo produce el yelo, fluido por su naturaleza, y cuya consistencia llega á ser la de una piedra? Aun hay mas: el agua, por efecto del mismo

poder se cambia en nieve cuando es necesario, la vid se convierte en vino, el olivo en aceite, el trigo en pan, y así en todas las especies de frutos que la tierra puede producir.

Quiero que dirijais la vista hácia la primavera y hácia las flores que forman su adorno, tan variadas entre sí como invariables dentro de su especie. ¿Quién dió el encarnado á la rosa y la blancura á la azucena, haciéndolas brotar en la misma tierra y regándolas con la misma lluvia? En las demás obras del Criador contemplad el arte y la precision que las distingue. De la sustancia del árbol, una parte está destinada para producir las ramas, otra para trocarse en flores, otra para convertirse en fruto: la vid, antes de ser cortada para calentar nuestros miembros entumecidos, se desarrolla en retoños, se estiende en largos sarmientos, presta sombra benéfica y dá fruto encantador: en una caña frágil y endeble, admirad el artificio con que se hallan fortalecidos los nudos, que separan y unen al mismo tiempo las diversas partes. La tierra misma, donde nacen tantos árboles de muy diferentes especies, produce también bestias feroces, animales domésticos, insectos, serpientes, piedras, oro, plata, bronce, hierro. Y el agua, cuya sustancia es la misma en todas partes, se halla habitada por un número incalculable de animales que nadan en su seno, y el aire poblado de razas no menos numerosas de aves que recorren velozes su vasta estension.

¿Y quién podrá describir la hermosura de esos peces esparcidos por las inmensidades del Océano? ¿quién medirá el prodigioso tamaño de los cetáceos? ¿quién calculará la anchura de los mares, su profundidad, la impetuosa violencia de sus olas, que se precipitan, aunque sin traspasar nunca los límites que se les han fijado? ¿Quién explicará la naturaleza de los ligeros habitantes del aire? unos dotados de una lengua que sabe formar y hacer oír á lo lejos armoniosos sonidos; otros presentando en su plumaje todos los matices de brillantísimos colores; aquellos elevándose hasta las nubes y manteniéndose en ellas suspendidos prodigiosamente por sus alas, al parecer in-

móviles? ¿Quién sabe el nombre de todos los animales que pueblan los bosques? ¿ni quién podrá referir la fuerza y naturaleza de cada uno de ellos? Dios no dió mas que una orden, y de la misma fuente brotaron en cierto modo todas las razas tan diversas de animales, la mansa oveja, el leon sediento de sangre y tantos otros, cuyos variados instintos son como una imagen de las pasiones humanas. ¿No es digno de ser alabado y glorificado el Criador de tantas maravillas? ¡Oh hombre! por mas que la naturaleza y el objeto de algunas de sus obras sean superiores á tu inteligencia, ¿se deduce de aquí que estas obras sean inútiles? ¿no ha sabido el arte de los médicos sacar muy saludables remedios de activos venenos? La serpiente inspira horror: teme á Dios, y de ella penderá á veces tu salvacion. La picadura del escorpion es mortal: teme á Dios, y no te picará. El leon es ávido por devorar: teme á Dios, y se echará tranquilo junto á tí, como en otro tiempo lo ejecutó con Daniel. Admira primeramente los medios de conservacion concedidos á cada animal, de los cuales el uno, como el escorpion, tiene por armas un acerado dardo, el otro tiene la fuerza en los dientes, y aquel, en fin, en las uñas. Admira toda esa sabiduría que existe en las obras del Hacedor, y comprenderás de este modo el poder del operario. Aun te queda otra cosa que hacer, y es considerarte á tí mismo y aprender por tu propia naturaleza á conocer al que es su Autor. ¡Oh hombre! te lo repito: apresúrate á reconocer en las maravillas que te cercan la profunda sabiduría del Criador, y postrándote arrodillado ante ese sublime Autor de todas las cosas visibles é invisibles, alaba á Dios, y tus reconocidos labios hendiganlo siempre sin cesar. Dí con lo íntimo del corazón: ¡Oh Dios mio! ¡cuán magníficas son vuestras obras! Todo lo habeis hecho segun vuestra sabiduría. A vos sean dados el honor, la gloria y la magnificencia, ahora y por los siglos de los siglos.»

Nuestros lectores habrán comprendido con cuánta razon nos hemos apresurado á transcribir los trozos anteriores, á fin de